CRONISTA MAYOR
• DE BUENOS AIRES •

Año 3 | BUENOS AIRES, ENERO DE 2001 | Núm. 21

VERANITOS PORTEÑOS

El carnaval, el descanso y otras diversiones

En esta época, que los porteños recordaremos durante mucho tiempo debido a sus altas marcas térmicas, nos pareció oportuno hacer una breve historia del verano en la ciudad de Buenos Aires. Actividades, costumbres, usos, fiestas y vida cotidiana, muchas de ellas atravesaron siglos, modificaciones mediante, algunas sucumbieron al olvido y otras a la modernidad.

Este primer *Cronista Mayor* de 2001 describe cómo los habitantes de esta ciudad, en distintos momentos, enfrentaron las altas temperaturas y supieron aprovechar el contexto geográfico al que estaban sujetos. El descanso, la distensión o la diversión podían encontrarse, por ejemplo, en los patios frescos de baldosas coloradas, los baños en el río, las cabalgatas por la costa, las visitas al Tigre, las estadías en las quintas o en las estancias.

En estas páginas también estará presente un entrañable festejo veraniego: el carnaval. Practicado desde tiempos de la colonia hasta nuestros días por esclavos, libertos, blancos, negros, ricos y pobres, supo del apoyo estatal y también sufrió su censura. Una actividad tan destacada de la que no fueron ajenas figuras tan disímiles como Rosas, Gardel o Alvear.

El verano, el carnaval y los porteños son, en esta oportunidad, los temas que el *Cronista Mayor de Buenos Aires* ha querido acercar a sus lectores con la intención de "refrescar" la memoria acerca de viejas, curiosas o aun vigentes costumbres implementadas para poder convivir con "el verano porteño".

LLEGAN LOS HELADOS

En tiempos coloniales el granizo posibilitaba la preparación de bebidas heladas. En 1757 el vecino Álvarez Campana instaló un "pozo nevera" para almacenar el granizo caído en invierno y venderlo en verano. En 1785 el comerciante Toribio González Somote solicitó al Cabildo autorización para conducir nieve desde Mendoza para el abasto de la ciudad; su pedido fue derogado. Esto lo recuerda Mansilla, sobrino de Rosas, quien al narrar su niñez decía: "Cuando caía granizo en abundancia, se recogía una buena cantidad y se hacían helados de leche y huevo con canela o vainilla..."

Para conservar el hielo en las casas, como las heladeras no se conocían, se guardaba en cajones vacíos de aceite o esperma, resguardándoselos en franelas de la acción del aire.

En el solar que ocupa actualmente el Banco de la Nación frente a Plaza de Mayo, en la década de 1850 se construyó un depósito subterráneo con capacidad para almacenar 1000 toneladas de hielo; éste se traía de Europa y más tarde de la Patagonia. Esta provisión de hielo aseguró, a partir de 1856, la venta de helados. Quien lo inició fue Miguel Ferreyra, dueño del Café del Plata (actual Rivadavia entre Tacuarí y Bernardo de Irigoyen). En pocos años, otros cafés los vendían y contaban con personal especializado para elaborarlos, de acuerdo con el "estilo de Madrid" tanto en los sorbetes como en leche merengada. Con el tiempo se establecieron fábricas de hielo, siendo las cervecerías de Hammer y Bieckert las primeras que acoplaron a su negocio la producción del hielo.

CARNAVAL TODA LA VIDA

El carnaval nunca resultó indiferente a los porteños. Desde la colonia hasta principios del siglo XX, esta celebración estuvo marcada por la participación popular, que esperaba estos días para dar rienda suelta a la diversión, y a la protesta en algunos casos.

Los primeros registros que se tienen del festejo del carnaval en la ciudad cuentan que esclavos y libertos eran los principales animadores de grandes bailes, y que indios y negros también organizaban importantes festines que duraban semanas enteras.

Por su parte, la "gente honesta" tenía otro tipo de diversiones que les estaba exclusivamente reservada.

Las crónicas remarcan los reiterados alborotos que se desataban en esos días. Así es que el virrey Pedro de Cevallos, en 1771, prohibió el carnaval argumentando que era lo más conveniente para "remediar el desorden". La proscripción existió para las expresiones callejeras, que muchas veces estaban cargadas de simbologías que ofendían a las autoridades españolas, no así para aquellas que se realizaban en locales cerrados.

Tiempo después, con Vértiz como virrey, se autorizaron las máscaras y se levantó la prohibición impuesta a "El Fandango", danza que había sido prohibida por sus consecuencias, ya que en algunas oportunidades había concluido con muertos y heridos.

Al reiniciarse los festejos tuvieron buena aceptación, pero luego sufrieron serias objeciones por cierto sector de la población, y en especial del clero, que no veía bien esta clase de expresiones.

Mientras tanto, los negros prosiguieron con sus bailes, suscitando comentarios negativos desde distintos sectores de la sociedad que intentaban coartar los festejos y censurarlos. De esta manera se desarrollaron los festejos hasta la llegada de la revolución.

Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires

SECRETARIA DE CULTURA

La historia es memoria, presente y futuro

gobBsAs

CARNAVALES PATRIOS

En los años posteriores a 1810, el carnaval se tornó común entre la población, así como también la costumbre de jugar en forma intensa con agua, para lo cual era válido toda clase de recipientes, que iban desde el modesto jarro hasta huevos llenos de líquido. Para mediados de la década, los festejos se expandieron en los extramuros de la ciudad y, al igual que en la campaña, eran por demás rudos. Grupos de jinetes dirimían predominios lanzando sus cabalgaduras a todo galope unas contra otras, quedando el tendal de doloridos y la consiguiente secuela de huesos rotos y miembros dislocados.
En Buenos Aires, las azoteas de las casas se transformaron en escenario de verdaderas batallas acuáticas, que involucraba a los festejantes y a "víctimas" inocentes. Estas últimas, muchas veces, luego de una "empapada", se quedaban despotricando contra el carnaval y sus cultores.

RENACE LA OPOSICIÓN AL CARNAVAL

Durante el gobierno de Bernardino Rivadavia comenzaron a oírse con más fuerza las voces que se oponían al carnaval. Para 1825, el periódico *Argos* comentaba: "Nunca sería más justo prohibir el juego con agua y huevos en la calle. La prohibición no se extiende más que a quitar de la vista del público una costumbre tan inmoral; lo exige la ilustración, lo pide la decencia, y lo reclama el orden que merece guardarse en la anunciada celebridad".
El propio Rivadavia creía que el carnaval era parte del vestigio de la barbarie colonial. En 1827, *La Gaceta Mercantil* decía: "Nos ha sido satisfactorio que el señor

Urquiza junto a Rosas en una caricatura de Méndez Carvalho, 1851.

Juez de Policía haya dictado medidas que pongan en tortura a los prosélitos del célebre carnaval". Y la cosa parecía tan seria, que hasta, según declaraciones de los vecinos, "los empleados de la policía son los primeros que juegan".
En el verano de 1830, en las calles y en los negocios de la ciudad apareció un afiche donde el ministro Tomás Guido comunicaba: "El juego de Carnaval, en el modo al menos que se ha usado en el país, puede reputarse por una costumbre semi-bárbara ajena de un pueblo culto y tan peligrosa por sus resultados como opuesto a la moral". Dos años más tarde, el gobernador Juan Balcarce en un edicto advertía que se castigaría, con penas de hasta un año de trabajos públicos, a quienes pronunciaran palabras obscenas, hicieran ostentación de armas, y que aumentaría el castigo en caso de que provocaran heridos.
Sin embargo, muchos siguieron desoyendo las reglamentaciones. Tal es así que, en 1833, un periódico publica la carta firmada por "un porteño" donde se hace referencia al crecimiento de los juegos groseros y arenga a combatir el carnaval "digno de caribes". A pesar de estos comentarios, las canciones no pasaron de pequeñas picardías, con cierto dejo de romanticismo:

"¡Salud y dicha,
dulces porteñas!
¡Vuelve a nosotros
el carnaval!
Fuera melindres,
fuera esquiveces,
al bayle y risa
pronto volad!"

LA ALEGRÍA DE LOS MORENOS

En el primer gobierno de Rosas, a las doce del día se tiraba un cañonazo desde la Fortaleza, y así el juego comenzaba en toda la ciudad hasta las seis de la tarde, momento en que, por la misma señal, se suspendía. Las calles se poblaban de numerosos jinetes, aperados a la criolla, portando plumas rojas en la cabeza y moños del mismo color en las colas. Los huevos de avestruces, llenos de agua de olor, eran usados como proyectiles. En los suburbios, según nos cuenta Manuel Bilbao, "se jugaba a brazo partido, a jarro y balde, echando el resto los negros en sus sociedades con los bailes; y la gente decente se divertía en sus casas, retrayéndose muchas familias por los abusos que traían consigo estos días".
El carnaval era esperado por gran parte de la población, que movilizaban carros con tinas de agua, jarros, jeringas, huevos de avestruz y cuantos adminículos servían para arrojar distintas clases de líquidos, usándose además las vejigas llenas de aire, con las cuales se golpeaba a los transeúntes. Muchas veces, estos juegos terminaban en verdaderas batallas campales, hasta que a las seis de la tarde otro cañonazo anunciaba el cese de las hostilidades, continuándose con las reuniones particulares que duraban hasta la madrugada.
Existía el "Día del Entierro", costumbre que se prolongó aun después de la caída de Rosas, al retomarse los festejos. Los vecinos colgaban un muñeco hecho de paja y género, al que denominaban "Judas" y que luego era quemado, en medio del regocijo general. En esta época, se estilaba simbolizar en "Judas" la figura de algún enemigo político de Rosas, elegido generalmente entre los unitarios emigrados.
En 1836, las máscaras y comparsas fueron permitidas, siempre que se gestionaran ante la Policía. De esta manera, se trataba de evitar los excesos, pero lejos de atemperarse, fueron acrecentándose hasta alcanzar un máximo grado de desbordamiento. Por otra parte, los negros, divididos en "naciones", concentraban sus actividades en la Parroquia de Montserrat —conocida también por "Barrio del Mondongo", "Barrio del Tambor"— y en San Telmo. Se agrupaban en una especie de sociedades mutualistas y tenían sus "sitios" o "tambos", donde celebraban sus ritos, danzas y candombes con reminiscencias africanas. Juan Manuel de Rosas concurría a algunas fiestas, donde contemplaba el baile de los morenos y solía recibir el juramento de lealtad de sus "amigos fieles".
Sin embargo, el propio Rosas, en 1844, decidió matar al carnaval. El decreto decía: "Queda abolido y prohibido para siempre el Carnaval. Los contraventores sufrirán la pena de tres años destinados a los trabajos públicos del Estado, y si fuesen empleados públicos, serán, además, privados de sus empleos". Quedaba así sellada por tiempo la suerte de los festejos al rey Momo.

LA VUELTA DEL CARNAVAL

Durante una década el carnaval siguió prohibido. Al reanudarse las celebraciones, los bailes se daban en el Teatro Argentino, previo permiso de la Policía, y eran organizados por empresarios, responsables del orden en esos sitios, aun cuando la policía enviaba un comisario y algunos vigilantes para prevenir cualquier incidente.
Pronto cobraron auge los "centros", predominando, como antaño, los formados por negros, pardos y mulatos. Tenían sus sociedades perfectamente organizadas, algunas desde los tiempos de la colonia, y desfilaban al son de sus candombes, luciendo ropas de vivos colores. Pero las calles de la ciudad no sólo se poblaban de morenos bulliciosos, también estaban los blancos que los imitaban. Por esos días, habaneras, mazurcas, *schottis*, valses y tangos morenos se escuchaban en la Ciudad.
La Policía, en 1863, reglamentó los festejos. Se abrió un Registro para anotar el nombre, apellido y domicilio de cada individuo que solicitara usar careta, y se

VERANEO CIUDADANO

Sabido es que la tranquila vida de los pueblos de antaño no requería la urgente necesidad de descansos estivales y eran raras las salidas al campo, las sierras o las playas. En las cálidas tardes de verano, los pobladores tenían a su alcance el ambiente propicio al descanso reparador. Los somnolientos patios de baldosas coloradas que se refrescaban con algunos baldazos de agua sacada al aljibe, eran el paraíso para el descanso físico y espiritual. Hacia 1824 los porteños, más que de la falta de baños, se quejaban de las dificultades para proveerse de agua fresca. Por supuesto, todavía no había aguas corrientes y no eran muchas las familias que poseían pozos de agua potable. Quienes contaban con ellos, obtenían a unas veinte varas de profundidad (poco más de 15 o 16 metros) un agua algo salobre que 'cortaba' el jabón: agua 'dura' se decía. Por ello los aljibes eran insuperables y recogían el preciado caudal de las lluvias, que rodando, bajaba por techos de chapas o tejas y tuberías hasta sus entrañas.
Por lo general, en la ciudad de Buenos Aires, para el consumo, el agua se tomaba del río.
Por disposición de las autoridades, los aguateros debían recogerla en determinadas zonas, algo alejadas del sitio de los baños, pero muchas veces para ahorrarse el viaje hasta el Retiro, llenaban la pipa donde podían, y ¡así resultaba el agua!
El aguatero medía su mercadería en una especie de balde llamado caneca, que costaba un centavo.
Si el agua era destinada para beber, se guardaba entonces en unas tinajas de barro a la sombra de alguna planta; una vez que se asentaba, se iba extrayendo con un jarrito.
En las casonas de la época, y en las piezas destinadas al baño, se amontonaban diversos artículos ya en desuso y se guardaba la bañera de latón o pipa recortada, en la que únicamente refrescábanse la señora o el amo de la casa. Los hijos y la servidumbre se bañaban en el río. Esta última, por lo general, de noche.
Sin embargo, algunas familias optaban por bañarse todos en la casa, y entonces, en la misma tina y sin remover el agua, lo hacía primero el padre, luego la madre, para seguir la escala por edad, todos los hijos. Aún luego el agua servía para regar los naranjos del patio, las rosas y las madreselvas, y hasta para lavar la vereda.
La primera bañera enlozada que llegó de Europa resultó un verdadero acontecimiento. La hizo traer un español, oriundo de Galicia, de apellido Sarratea. Por primera vez en esta bañera, quien la utilizara podía estirar las piernas y mojarse todo el cuerpo a la vez.

Moncaut, Carlos Antonio, "Aquellos veraneos de nuestros mayores", en *Todo es Historia*, N° 319, Buenos Aires, 1994.

prohibía toda clase de armas como accesorios a los trajes de disfraz.

EL PRIMER CORSO

En 1869 se realizó el primer corso, con la participación de máscaras y comparsas únicamente. Decía un periódico: "No hay lugar en el mundo donde el carnaval presente un cuadro más vivo, más animado, más lleno de variación que en este pobre de Buenos Aires". Al autorizarse el corso, ganó terreno el carnaval callejero y las calles se poblaron de cantones en los que se jugaba intensamente. Los jóvenes, en grupos, recorrían las casas de sus amistades donde incitaban a las dueñas de casa a la diversión, y era muy frecuente que se terminara en una batalla acuática con más de uno metido en la tina. A la vez, existían grupos de jóvenes de la sociedad que se dedicaban a la realización de burlas en los coros. Ni los más inminentes hombres públicos lograban salvarse de las bromas carnavalescas. En 1873, un grupo de bromistas le obsequió a Sarmiento —por entonces presidente— una medalla burlesca con su efigie, hecha de estaño, otorgándole el título de "Emperador de las Máscaras", que el sanjuanino aceptó complacido, siguiendo la broma.

En el Buenos Aires de epidemias, crisis económicas y levantamientos crecieron los carnavales periféricos. El esplendor de éstos, en gran parte, se debió al ferrocarril que cambió la relación entre la ciudad y la campaña. El de San José de Flores fue el corso más elegante, seguido por los de Belgrano y San Fernando, donde gran parte de la elite veraneaba.

Los setenta fueron la edad de oro de las comparsas. Entre ellas se encontraban las de las colectividades extranjeras (italiana, española, francesa), la de la comunidad negra y las de la juventud de la elite, que incluían las de "falsos negros" (jóvenes con el rostro pintado). Los espacios de la cultura de los sectores populares se recortaban a partir de divisiones étnico-nacionales. Las comparsas intentaban recrear sus orígenes; las españolas, quizás por el idioma, fueron las que más se integraron culturalmente. Las de los "negros" asistían al ocaso; las sociedades triviales iban dando paso a los clubes sociales y a las asociaciones mutuales.

La mayoría de las canciones de las comparsas trataban de temas galantes, pícaros o invitaciones al brindis y a la diversión. Los himnos de las comparsas solían incluir menciones laudatorias a la comunidad a la que pertenecían, algunas pocas canciones entraban en el terreno del conflicto social.

En 1876, el Honorable Concejo Deliberante, al seguir desarrollándose incidentes y creyendo que esto se debía a la prohibición a medias del uso del agua en el carnaval, decretó la prohibición del juego con agua y cualquier otro líquido, esto comprendía pomos, bombas, jeringas, etcétera. También se prohibió arrojar harina, polvos de colores, confites, legumbres verdes y secas, huevos, frutas naturales o imitadas en cera y dar golpes con vejigas y globos de goma. Los contraventores de esta disposición estaban obligados a pagar multas.

La "ceremonia" del "entierro" seguía concitando muchos adeptos. Ahora, el muñeco era acompañado por un "Médico", que era quien encendía la mecha que hacía estallar los cohetes que rellenaban el cuerpo de Momo. El fulgor de los fuegos de artificio contagiaban al público, provocando desórdenes de tal magnitud que, en 1896, dieron lugar a que el Jefe de la Policía, general Campos, librase un edicto prohibiendo los "entierros".

EL CARNAVAL DEL SIGLO XX

Para principios de siglo, eran más de una veintena los corsos. Gran lucimiento alcanzaron los de las calles Artes (hoy Carlos Pellegrini), que iba de Rivadavia a Córdoba; luego le seguían los de la calle Belgrano, Buen Orden (hoy Bernardo de Irigoyen), Estados Unidos, Defensa, Entre Ríos, Piedad (actual Bartolomé Mitre) del cual en 1902 el mismo Mitre fue presidente honorario, y el desfile improvisado en la joven, pero ya popular avenida de Mayo.

En las periferias, el de mayor fama era el de la Parroquia de San José de Flores; organizado con fines benéficos, contaba con la presencia de distinguidas personalidades radicadas en la zona, y otras que se hallaban veraneando en las quintas del lugar. Se destacaban además, los de La Boca, Barracas, Belgrano. En los barrios, la fiscalización y mantenimiento del orden corría por cuenta de las comisiones de vecinos, que muchas veces iban montados a caballo, vistiendo pantalones blancos para distinguirse.

La gente, si bien se divertía con el juego de pomos, serpentinas y flores, y se extasiaba ante el desfile de los carruajes, esperaba ansiosa el paso de esas sociedades corales y musicales, que era el número más llamativo de las fiestas. Había conjuntos de *clowns*, que ejecutaban difíciles pruebas gimnásticas, desfiles de rondallas hispanas, enmarcados con sus guitarras y bandurrias a los pregones castizos. Los centros gauchescos pasaban con sus carros convertidos en ranchos floridos, llenos de "chinitas querendonas" y luciendo ventanas cargadas de jazmines y claveles.

Los concursos de comparsas eran muy esperados por los participantes. Era intensa la puja entre las formaciones de centenares de personas para hacerse acreedoras a ellos, y las ganadoras se mostraban orgullosas de sus galardones. Por otra parte, muchos artistas, que luego fueron reconocidos, dieron sus primeros pasos en las sociedades carnavalescas. Entre los más destacados se encuentra Carlos Gardel que, en 1907, formó parte del centro gauchesco "Los Patriotas" y su guitarrista, José Razzano, que integró los "Leales y Pampeanos". También participaron los hermanos Podestá, José Franco y Vicente Grecco.

Al finalizar los corsos, la gente acudía a los teatros, a los clubes o bien a alguna residencia amiga, donde encontraban la cordial bienvenida de los dueños y donde se improvisaban bailes que

duraban hasta largas horas de la madrugada. Se bailaba en el Club del Progreso, el Club Español, el Círculo Italiano, en los Bomberos Voluntarios de La Boca, el Tigre Hotel, el hotel Las Delicias en Adrogué, el Club de Flores, en el hotel Carapachay de San Fernando, en la Municipalidad de Morón y muchos más. En la segunda década del siglo XX se sumaron más salas de bailes y comenzaron actuar orquestas típicas como la de Grecco-Canaro. El traje de *soirée* y el *smoking* eran obligatorios, costando la entrada para los caballeros diez pesos, suma considerable entonces.

Para esta época, muchas comparsas,

LAS QUINTAS

A fines del siglo XIX, en época de llegada de inmigrantes, la elite porteña escapó de la muchedumbre heterogénea y se refugió en las quintas, chacras y estancias.

El veraneo en las quintas fue un hábito importado, como tantos otros, por los comerciantes ingleses que, siguiendo su inclinación a residir lejos del lugar de trabajo, construyeron hermosas quintas en los suburbios de la ciudad de entonces.

Una de las quintas, la de Fair Mackinley —convertida después en Parque Lezama— sirve hoy de recreo a los porteños.

En San José de Flores, al lado de la Plaza, estaba la quinta de los Güiraldes, donde Carlos Pellegrini se refugiaba de los calores por la fresca brisa que corría. Rodeaba a la casa un extenso parque en el que abundaban flores raras, árboles y plantas importadas, a cuya sombra, en sus cómodos sillones de mimbre, los huéspedes tomaban el té con sabrosos pastelitos caseros, mientras conversaban durante largas horas sobre la familia, el país, etcétera. Durante las mañanas y los atardeceres, bulliciosos grupos de hombres y mujeres practicaban en las quintas el *cricket*, juego de origen inglés que durante años fue uno de los pasatiempos favoritos de la sociedad porteña. En Flores, en 1828, un viajero francés escribió: "Hay muchos bosques de duraznos y álamos que le dan un aspecto europeo. Muchos habitantes de la ciudad tienen allí sus casas de recreo y jardines..."

Según el historiador Carlos Antonio Moncaut "muchas quintas durante el invierno adquirían la fama de estar embrujadas o habitadas por el perro blanco o la viuda, pero el sortilegio nefasto desaparecía en las tardes de verano".

EL CARNAVAL, LOS POMOS Y MARCELO T.

Después de la caída de Rosas, intentaron quitarle violencia a los festejos, y una medida fue suprimir la costumbre de tirar cáscaras de huevo cargadas con agua y reemplazarlas con pomos inventados por el farmacéutico Guillermo A. Cronwell, quien en 1870 instaló una fábrica en la esquina de Humberto I y Paseo Colón. Los porteños lo aceptaron rápidamente y, según un viajero inglés, en el carnaval de 1881 se gastaron 6.000.000 de pomitos.

En 1885 fue detenido el futuro presidente Marcelo T. de Alvear junto con ocho amigos por haber arrojado bombas de agua contra los paseantes en la calle Artes (hoy Carlos Pellegrini) y Lavalle. Según el parte policial, al ser detenido el joven Alvear "empezó a expresarse en términos inconvenientes tratando de producir desorden y faltando el respeto al oficial don Severo Lamadrid..."

famosas durante décadas, fueron desapareciendo. En cambio, aumentaron las máscaras sueltas y las "murgas". Los corsos de los barrios se poblaron más que nunca de "chatas", carros y "carritos de lecheros", adornados con flores artificiales, farolitos chinescos y tiras de papel "barrilete" de distintos colores. Y pese a que muchos conservaban parte de la belleza de antaño, los gustos se fueron desvirtuando y las groserías comenzaron a ganar terreno. Carteles callejeros pedían "orden y compostura". Ante el decaimiento notorio de las celebraciones, muchos aprovechaban para ausentarse al campo, a las sierras y a las playas.
El aumento de la población también fue desnaturalizando parte de las costumbres e incrementó el número de "guarangos". Eran tiempos de "guapo" de comité, de "compadrito" de conventillo, de "guardaespaldas" del caudillo y de las "patotas" de "niños bien", que no encontraban mejor diversión que romper vasos y luces, y golpear indefensos. El carnaval iba ganando en dinamismo, pero iba perdiendo mucho de su espontáneo encanto.
Al promediar la década del veinte, los corsos se fueron reduciendo. Sólo el que tenía lugar en la avenida de Mayo, y limitadamente en muy pocos barrios, continuaron conservando parte de su primitiva alegría. Más adelante, el del "centro" se organizó con fines casi exclusivamente comerciales, quitando aún más el ya poco espontáneo encanto que les restaba. Aquellos diminutos corsos fueron reemplazados por los de hoy, que tienen varias cuadras de extensión, pero que en algún rincón guardan lugar para el sueño de rey Momo y sus devotos.

BUENOS AIRES EN VERANO

Cuando llega el verano, la ciudad sufre importantes transformaciones que, en los últimos años, nos lleva a preguntarnos sobre los cambios climáticos. Las altas temperaturas, las tormentas y el efecto invernadero muchas veces impiden disfrutar de la estación estival. A lo largo del siglo XX, los porteños cambiaron los usos de los espacios que brinda la ciudad para el ocio; a través de ellos podemos observar el impacto profundo que se produjo en nuestra sociedad porque el ejido urbano permite reafirmar y contraponer los valores culturales vigentes entre los diferentes grupos. Y es justamente en el mantenimiento de estas diferencias donde está la riqueza de nuestra cultura urbana.
En la década del 70 se comienza a producir un fenómeno particular: en enero la ciudad queda vacía, la clase media se va a Mar del Plata y a los balnearios de la costa atlántica. Buenos Aires adquiere una belleza particular, el silencio permite disfrutar del diseño urbano de la ciudad.
En la actualidad, el porteño tiene un abanico de posibilidades para disfrutar de la ciudad: aunque más no sea a través de caminatas, sin olvidar las veredas, tradicional punto de encuentro cuando los vecinos salen con sus sillas a conversar y estar al tanto de las novedades.

BUENOS AIRES Y EL RÍO

Tradicionalmente nuestra ciudad creció a espaldas del río. Pero sus habitantes nunca se olvidaron de él. Las avenidas costaneras son un tradicional paseo porteño donde la pesca, las rondas de mate y broncearse al sol son las actividades principales para combatir la imposibilidad de acceder al río por la contaminación. Los tradicionales carritos y los restaurantes en Puerto Madero permiten a muchos disfrutar de la vista al Plata.

EL BALNEARIO MUNICIPAL

El tradicional paseo se inauguró el 11 de diciembre de 1918, con la apertura del espigón de 180 metros que terminaba con las escalinatas que bajaban al río y el primer tramo de la avenida Costanera Sur entre las avenidas Belgrano y Brasil. Los jardines fueron diseñados por Benito Carrasco. Allí tuvo su primer emplazamiento la fuente "Las Nereidas" de Lola Mora, que provocó unas cuantas controversias hasta ocupar su actual emplazamiento en la avenida Alem.
En esos años, lo importante era disfrutar de la caminata a metros del río, el bronceado no sólo no estaba de moda, sino que era sinónimo de la clase obrera. Varias líneas de tranvías acercaban desde diferentes puntos de la ciudad a todos los sectores sociales. El balneario tenía además una intensa actividad nocturna por los restaurantes y confiterías aledañas. La más famosa era la cervecería Munich —donde hoy se encuentra museo de Telecomunicaciones— que, junto con las confiterías Brisas del Plata y La Rambla, era el centro de reunión para disfrutar de una noche de verano, después de pasear por el Parque de Diversiones, donde la montaña rusa y la vuelta al mundo atraían a chicos y grandes.

LOS BAÑISTAS

Otro hecho importante es la preocupación que comienza a aparecer por regular los comportamientos del público. Se establecen los horarios en que estaba permitido bañarse en el río: de 6 a 11 y de 15 a 19. Ante la preocupación por el estado de los trajes de baño usados en público, en 1925, la Dirección General de Suministros confecciona trajes de baño que vende a $2 m/n cada uno y reduce el costo de derecho al baño y uso de una de las tradicionales casillas a diez centavos. En 1926 asistieron 45.000 bañistas entre los meses de enero a marzo y noviembre y diciembre. Por la venta de trajes de baño se obtuvo la suma de $6.364.000 m/n. Estos ingresos eran muy importantes para el erario municipal, que por los empréstitos contraídos para llevar a cabo la transformación urbana siempre estaba escasa de recursos. El 1º de diciembre 1936 en un artículo del diario *La Nación* aparece una queja sobre el comportamiento de algunos bañistas "de regreso del balneario Municipal, los jóvenes bañistas del domingo y los días de fiestas han encontrado un medio ingenioso pero antiestético de secar sus mallas. Salen de las casillas con éstas aún chorreando en un paquete, toman el tranvía y a hurto del guarda tienden en la ventanilla su traje empapado. Con la marcha, a los costados del vehículo se ven flamear desde lejos esos banderines azules, rayados, rojos y con perneras, y el tranvía parece, lleno de gallardetes improvisados, una sucursal rodante del balneario popular. Si ingenioso este método para secar las ropas es poco decoroso; conviene que lo popular no degenere en populachería, que la ciudad conserve su aspecto urbano y que no se exhiban prendas íntimas, por muy deportivas que sean en plena calle". La decadencia del Balneario comienza en la década del 40, y en los 50 el río se aleja por los rellenos que se comienzan a realizar. En las décadas del 60 y 70 la contaminación impide acceder al río. En 1978 se demuelen todos los edificios, salvándose sólo el local de la Munich. En la actualidad, la Reserva ecológica permite recuperar parte del esplendor de esta zona, tan cara a los sentimientos porteños, con la reconstrucción de parte de su ornamentación original con las tradicionales farolas en el veredón costero y las escalinatas.

SAINT TROPEZ

Es la playa *top* en los años sesenta. Ubicada en la costanera norte al terminar el Aeroparque en dirección sur-norte, estaba delimitada por dos espigones; el sur estaba rodeado de palmeras que daban un detalle exótico, testigo de los inicios de muchos romances. A ella concurrían empleados, aprendices de *playboy*, chicas "bien". Pero se produce un cambio fundamental, el río aparece como parte del escenario, no se "usan" sus aguas contaminadas. Lo importante es adquirir un bronceado acorde con la estética dominante.

LAS COLONIAS DE VACACIONES

La ciudad siempre mostró preocupación por el cuidado de la niñez, por eso ha organizado las tradicionales colonias de vacaciones en el verano. En 1925 asisten 1400 niños a la colonia de vacaciones de Parque Avellaneda y en 1926 por sus casas de baños pasaron 11.426 bañistas, 2930 atletas y 500 niños en la colonia. Entre 1933 y 1934 funcionaron 9 colonias de vacaciones (Parque Patricios, Parque Avellaneda, Saavedra, Parque Chacabuco, Parque Centenario, Los Perales, Agronomía, el Balneario Municipal y la quinta presidencial en Olivos que el presidente Justo había puesto a disposición de las autoridades municipales) a las que asistieron un total de 1.144.123 niños. El costo por niño, incluyendo la comida, el sueldo del personal y los traslados, era de 87 centavos m/n. A las piletas de la ciudad concurrieron 16.029 personas y al balneario municipal 489.729. Hoy, además de las colonias municipales, encontramos muchas ofertas dentro de los tradicionales clubes de barrio que posibilitan disfrutar de un chapuzón para refrescarse en el verano.

BIBLIOGRAFÍA

-Armaignac, H., *Viajes por las pampas argentinas*, Buenos Aires, Eudeba, 1974, pp. 44-45.
-Bilbao, Manuel, *Buenos Aires desde su fundación hasta nuestros días S. XVIII-XIX*, Buenos Aires, Imprenta Alsina, 1902.
-Bilbao, Manuel, *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Ferrari Hnos., 1934.
-Carretero, Andrés, "Vida cotidiana en Buenos Aires", en *Desde la revolución de Mayo hasta la Organización nacional (1810-1864)*, tomo I, Buenos Aires, Planeta, 2000.
-*La Nación. 100 años de vida cotidiana. El diario íntimo de un país*, Buenos Aires, 1998.
-*Memorias de la Intendencia municipal presentada al H. Concejo Deliberante*, Buenos Aires, 1918, 1925, 1926, 1933, 1934, 1936.
-Molinari, Ricardo Luis, *Buenos Aires cuatro siglos*, Buenos Aires, Ediciones TEA, 1983.
-Moncaut, Carlos Antonio, "Aquellos veraneos de nuestros mayores", en *Todo es Historia* Nº 319, Buenos Aires, 1994.
-Puccia, Enrique H., *Breve historia del carnaval porteño*, Cuaderno de Buenos Aires Nº 46, Buenos Aires, MCBA, 1974.
-Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto, *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Ed. Abril, 1983 (2 tomos).

Publicación preparada por el

Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires
Avda. Córdoba 1556, 1er. piso
(1055) Buenos Aires
Tel: 4813-9370 / 5822
E-mail: ihcba@buenosaires.gov.ar

Directora:
Prof. Lidia González

Secretarios de redacción:
Daniel Paredes
Jorge Mallo

Redactores:
Sandra Condoleo
María Alejandra Jones
Jorge Gómez

Edición:
Rosa De Luca
Lilia Meli

Diseño:
Fabio Ares

Archivo:
Biblioteca del Instituto Histórico
Susana Sprovieri
Martha Martínez
María Laura Murga

SECRETARIA DE CULTURA
gobBsAs